



“EL CONEJITO DE PASCUA Y SU AMIGO JESÚS”



Había una vez un conejito que se llamaba Blanquito. Era muy alegre y gordito tanto que a veces parecía una gran bola de algodón. Lo que más le gustaba era correr y saltar por un jardín que estaba cerca de su casa. Allí había muchos árboles, todos iguales. Don Blanco, el papá conejo, le había dicho que esos árboles eran olivos y por eso todos conocían aquel lugar como el Huerto de los Olivos.

¿Quieres saber por qué a Blanquito le gustaba tanto ir a pasear a ese huerto?

Un día que salió a correr por el campo llegó hasta aquel huerto que le pareció muy lindo. Empezó a recorrerlo y se encontró de pronto con un hombre joven que estaba sentado bajo un olivo. Blanquito se detuvo en silencio porque le pareció que ese hombre estaba hablando con alguien. Miró a todos lados y no vio a nadie. Sin embargo escuchó que el hombre decía:

-Gracias, Padre mío.

Entonces se acercó y con un poco de miedo de que se enojara, le preguntó:

-¿Dónde está tu papá? Yo no lo veo por ninguna parte.

-Está en el cielo. Tú no lo ves, pero Él sí te ve y te quiere mucho, y sabe que te llamas Blanquito.



-¿Cómo sabe que me llamo Blanquito?

-Mi Padre es Dios y lo sabe todo.

- ¿Y cómo te llamas tú?

- Yo me llamo Jesús.

-Oye, Jesús, ¿quieres ser mi amigo? –preguntó Blanquito.

-Por supuesto que sí. Quiero ser tu amigo para siempre.

-Qué bueno. Yo también seré siempre tu amigo.

Pero, ¿sabes? Ahora tengo que irme a mi casa porque mi mamá se asusta si me demoro mucho en volver. ¡Adiós, Jesús! Hasta mañana.

Desde entonces, Blanquito salía corriendo todos los días a encontrarse con Jesús, su nuevo amigo. Y ahí estaba cada tarde bajo el olivo conversando con su Padre, ese Padre que el conejito no veía. Blanquito se quedaba a su lado en silencio mientras Jesús rezaba y después regaloneaba con Él y le contaba lo que había hecho ese día.

Una vez al llegar a juntarse con Jesús, el conejito quedó preocupado porque le pareció que estaba muy triste. Se quedó a su lado sin saber qué decir, pero cuando vio que había terminado de rezar, se animó a preguntarle por qué lloraba. Jesús le contó que muy pronto Él iba a morir en una cruz.



Blanquito se quedó sin palabras. Pasó un rato y se atrevió a decir:

-Oye, Jesús, ¿estás seguro de que tu padre me ve? ¿Puedo hablar con Él?

-Siempre puedes hablar con Él. Háblale ahora. Dile o pídele lo que tú quieras.

-Oye, Dios. Te quiero pedir que ayudes a Jesús porque lo veo muy triste y dice que se va a morir en una cruz. Por favor, haz que no muera... -y volviéndose hacia Jesús le preguntó:- ¿Tú crees que me escuchó?

-Puedes estar seguro que sí y también está muy contento de oír lo que le has pedido. Pero hay cosas que tienen que suceder.

Jesús lo consoló y le explicó que Él iba a resucitar a los tres días, y que entonces habría una gran fiesta en el cielo porque por fin se nos abrirían las puertas de ese cielo y que todos teníamos que celebrar esta fiesta. Y después le dijo:

-Tú también vas a celebrar y vas a llevar alegría a muchos niños.

El conejito quedó más tranquilo al enterarse de que Jesús iba a resucitar tres días después. Pero, ¿cómo sabría cuánto eran tres días, si nunca había aprendido a contar? Volvió a ponerse triste. Y Jesús le explicó:



-Lo que tienes que hacer es tocarte una oreja el primer día apenas despiertes, el segundo día te tocas la otra y el tercero, tocas tu colita; al hacerlo sabrás que yo he resucitado.

Con esto Blanquito volvió más tranquilo a su casa.

Al día siguiente el conejito se tocó su primera oreja. Estuvo todo el día pendiente de ser un buen conejo, pensó que así acompañaría a su amigo Jesús, que era tan bueno.

En cuanto despertó el segundo día se tocó su otra oreja y pasó todo el día intentando ayudar a su mamá; ordenó lo que habían desordenado sus hermanos, se comió toda la comida, sin decir “esto no me gusta”, jugó con Blanquín, su hermano chico...

Apenas salió el sol el tercer día, el conejito se tocó su cola y se fue saltando a avisar a todos que Jesús había resucitado. De pronto se dio cuenta de que mientras él avanzaba iba dejando a su paso muchos huevos de chocolate envueltos en brillantes papeles de colores. Todos los niños del lugar corrían juntando huevitos y comiendo felices. Muy contento Blanquito recordó que Jesús le había dicho que él, que era solo un pequeño conejo, les llevaría alegría a muchos niños. Pero lo que más lo hizo feliz, fue pensar en la gran fiesta que había en el cielo y en que ¡por fin las puertas de ese cielo donde vivía Dios Padre estaban abiertas para todos!

Blanquito comprendió que una fiesta tan maravillosa tenía que celebrarse todos los años. Habló con su familia y organizaron una gran reunión de conejos. Blanquito les explicó que en adelante, ese día debían repartir huevitos de chocolate a todos los niños del mundo.

Los conejos han cumplido. Cada año, el día de Pascua de Resurrección, salen a repartir huevitos de chocolate a los niños del mundo entero.

